

# UNA COMPañÍA SIN JEFE

Tres obras, entre las que se cuenta la premiada *Donde viven los bárbaros*, escrita por Pablo Manzi, han sido suficientes para que la crítica y el público pongan atención al trabajo de la joven compañía Bonobo, donde no hay jerarquía, la creación es colectiva y la precariedad del teatro la enfrentan movidos por el hambre de decir cosas que consideran importantes, como hablar de la opresión.

FOTOS FELIPE VARGAS

**Pablo Manzi** guarda silencio. El director y dramaturgo de la compañía Bonobo tiene 31 años, cultiva el bajo perfil y cuando se trata de hablar de los logros de su compañía —integrada por la codirectora Andreina Olivari y los actores Paulina Giglio, Gabriel Urzúa, Carlos Donoso, Gabriel Cañas y el productor Horacio Pérez, entre otros—, prefiere que la vocería sea colectiva, y así sucede en un café de Providencia: el grupo está sentado alrededor de una mesa y las ideas saltan de uno a otro.

Los miembros de Bonobo se conocen desde los 25 años —hoy la mayoría está en los treinta, siendo el mayor el actor Carlos Donoso de 37— y son

amigos. Fundaron la compañía en 2012 presentando su primera obra, *Amansadura*, ese año. En 2015 estrenaron *Donde viven los bárbaros* (2015), que fue premiada por su dramaturgia por el Círculo de Críticos de Arte de Chile y obtuvo el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago en 2016. Andrea Jeftanovic, comentarista de teatro de “Wikén”, escribió entonces: “Es una gratificante sorpresa (...). La obra es inteligente y sorprendente porque da infinitas vueltas de tuerca”.

Su pieza más reciente, *Tú amarás* (2018), que se repondrá en abril y trata sobre cómo nos maltratamos los chilenos, también llamó la atención. El crítico Pedro Labra anotó: “Hay

que admitir que *Tú amarás*, otra vez con la dramaturgia de Pablo Manzi y bajo la dirección de Andreina Olivari, está idóneamente ejecutada”.

Pablo Manzi es quien se encarga de la dramaturgia, pero los Bonobo explican que la autoría es compartida y surge de un intercambio grupal de ideas.

—Los roles están bastante definidos, pero eso no significa que no haya una creación en conjunto. Pablo (Manzi) es el que está a cargo de hacer la dramaturgia y eso es un rol súper definido —indica Andreina Olivari sobre el modo de trabajar de la compañía—. Por ejemplo, a la hora de crear *Tú amarás*: una indagación acerca de cómo una reunión de un grupo

de médicos termina siendo una reflexión de lo opresor que se puede ser en Chile.

Pablo Manzi asiente desde su silla y no abre la boca.

—La conversación (en el proceso creativo) pasa por diferentes lugares, puede llegar a lugares intensos de reflexiones íntimas de nosotros. Ahondamos también en nuestras intimidades, en nuestras experiencias —dice el actor Carlos Donoso.

—Creo que hemos enfrentado esa discusión de que tener una compañía implica trabajar con los humores del resto y eso es difícil, pero aquí estamos —agrega el actor Gabriel Urzúa.

Y aquí está un grupo de distintas personalidades unidas



Los miembros de la  
compañía se conocen  
desde los 25 años y  
son amigos.

por un mismo objetivo: mantenerse, pese a las dificultades, para encontrar fondos e incluso para hallar salas para ensayar, una excelencia artística sobre los escenarios.

—Tampoco hay una ética tan unida y tan unívoca entre todos nosotros. Nos hemos enfrentado porque no hay jefe ni fondos —señala Andreina Olivari—. O sea, tienes que entrar a dialogar porque nadie te puede mandar en este espacio. Nadie tiene un poder que le permita mandar a otro. En la medida en que un integrante del grupo no sienta deseo, la cuestión entonces se acaba.

Desde una esquina, Pablo Manzi saca finalmente la voz:

—Pienso que el deseo es fundamental en esto, porque las condiciones son tan precarias. O sea, los sueldos son inestables y muchas veces uno dice “me van a llegar estas platas” y llegan tres meses después de lo que uno esperaba. Y ahí todos los ahorros se van a la cresta. Entonces lo único que te puede retener acá (en la compañía) es desear hablar de estas cosas.



La compañía Bonobo, en general, y las piezas escritas para la agrupación por parte de Pablo Manzi, en particular, hablan de la figura del “opresor” como un eje central. Y lo hace con acidez y humor negro, realizando esos pequeños gestos cotidianos en que los chilenos abusan y oprimen a los más débiles.

Pablo Manzi es un escritor sensible a las temáticas sociales, educado en un colegio particular e hijo de uno de los creadores de la PSU, el psicólogo Jorge Manzi:

—Siempre hemos tenido una preocupación fuerte en el grupo por la idea de la “otredad”, o sea de las otras, de los otros —explica Manzi—. Y desde ahí apareció esta idea del “opresor”: que puede aparecer en si-

tuaciones límite y todos podemos llegar a reproducirlo. Eso no significa que todos sean opresores: tengo claro que un blanco es distinto que un negro cuando se sube a la micro; tengo claro que ser hombre y ser mujer es distinto; tengo claro que ser homosexual y ser heterosexual es diferente. Y en este grupo hay mujeres, hay homosexuales, hay personas de distintas clases y eso hace que de alguna manera uno se tenga que preguntar muchas cosas, pero sobre todo abordar la idea de cuándo se está reproduciendo

“  
Nos hemos enfrentado porque no hay jefe ni fondos. O sea, tienes que entrar a dialogar porque nadie te puede mandar en este espacio”

do la lógica de ese hombre blanco heterosexual que podría llegar a ser un opresor.

Aunque la propuesta de Manzi puede sonar por esta y otras frases de mayor academicismo una reflexión críptica y cerrada para el gran público, lo cierto es que su visión artística —premiada por el Círculo de Críticos— basa mucha de su sinergia creativa en casos reales y conversaciones tangibles que han tenido los miembros de la compañía durante el proceso.

La codirectora Andreina Olivari reconoce que las discusiones entre ellos pueden alcanzar niveles que a veces pueden

sonar complejos, pero que las ideas se ordenan en un pizarrón y se aterrizan a una realidad concreta.

Pablo Manzi lo aclara:

—Aquí por ejemplo nadie es teórico, ni intelectual, así que cualquier persona que está hablando de una cosa muy teórica o intelectual lo cachamos altiro porque llevamos mucho tiempo trabajando juntos. Así que si en algún momento dejamos de entendernos, vamos a entender altiro que alguien está engrepiendo.

Por eso, la mejor dinámica es que entre discusiones y bromas surgen confesiones donde cada uno tiene la oportunidad de hablar de experiencias íntimas donde han sido opresores, experiencias que sirven de insumos para darle un grosor al texto teatral.

—Yo creo que tratamos de decir, primero, de qué manera uno puede ser cómplice de algo que aborrece en situaciones límite —dice el productor Horacio Pérez—. Queremos mostrar al opresor que no es tan evidente, al que está siendo partícipe quizá sin querer.

¿Ejemplos? Al interior de la intimidad de las confesiones, el actor Carlos Donoso contó alguna vez que se hizo amigo de un estacionador informal de autos del barrio Bellavista durante sus años de estudiante de teatro. Este hombre le estacionaba su auto y una que otra vez reían y departían juntos con cordialidad horizontal en la calle. Carlos Donoso recordó que este estacionador era de trato violento con algunas personas y que durante una gresca con un grupo de universitarios rugbistas, este amigo suyo, el hombre con quien compartía bromas, le pidió ayuda cuando intempestivamente la policía se lo llevó detenido a él y no al resto de los “universitarios” involucrados, solo porque, en apariencia, el estacionador resul-

taba el eslabón más débil.

—Desde el radiopatrulla me gritaba “Carlos, ayúdame” y no pude hacer nada. No hice nada y me sentí una mierda. Nunca más lo volví a ver, solo después recibí un llamado como al año para invitarme a jugar fútbol. Pero no fui.

Pablo Manzi ahora realiza su propia confesión sobre el “lado opresor” que quizá todos llevamos dentro. Y relata que en un conversatorio surgió la idea de hablar del abuso hacia la tercera edad. Allí el joven dramaturgo aportó su propia idea de un pasaje vivido en una fiesta alternativa en Valparaíso donde había una “hipertolerancia” a cualquiera que pudiese llegar ahí. Todos eran bienvenidos. No importaba la raza ni la condición social o de género.

—Pero había un señor sobre los 65 años y en el fondo esa persona era absolutamente rechazada por su edad; era un rechazo total. Nadie diría “oye yo discrimino a los viejos”. Nunca. Un día, pensando todas estas cosas, voy en la bici por la calle y un viejo casi me atropella. Él me dice “hay que ser bien huevón” y yo le mando de vuelta una cantidad enorme de insultos, todos con la palabra “viejo tal por cual”. Ahí olvidé que había estado pensando en la discriminación de la tercera edad.

—Hablemos de la cuestión de la gordofobia —dice Andreina Olivari—. En mi caso, puedo tener rabia contra alguien y si tiene sobrepeso —yo también lo tengo— le lanzo un “guatona tal por cual”. Pablo siempre me reta, pero genuinamente no quiero que nadie gordo sienta que la gente tiene fobia con ella.

Los miembros de la compañía ríen. Los que hablan poco y los que hablan mucho reconocen que así funciona su dinámica de trabajo: todos son para uno y uno para todos. Cueste lo que cueste. S

POR ERNESTO GARRATT